

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION

Barcelona: un trimestre adelantado. 1 ptas.
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

Fonollar, 24 y 26

Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º.
Madrid: Almagro, 8. entr. derecha
-Alicante: S. Francisco, 23, dup.º

SUMARIO.

Discurso leído por la Srta. D.^a Cándida Sanz y Cresini en el Fomento Graciense.—Pensamientos.

DISCURSO

LEIDO POR LA

Srta. D.^a Cándida Sanz y Cresini
EN EL FOMENTO GRACIENSE.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Así como la humilde golondrina jamás puede remontar su vuelo cual el Aguila real, así yo tampoco deberia ocupar esta noche el dignísimo lugar que ocupó en estos momentos; porque, despues de los distinguidos oradores de ambos sexos que han dirigido la palabra en diferentes sentidos al respetable é ilustrado auditorio que me escucha, no es posible que yo, careciendo de esas facultades, bellisimas y necesarias, para expresarse como es debido, pueda llenar ni remotamente vuestro deseo; pero á pesar de esto, y contando con vuestra benevolencia, no dudo me dispensareis el mal rato que podais pasar escuchando estas mal combinadas líneas, hijas del fuego abrasador de esas ideas que, de algun tiempo acá y sin saber cómo, alimentan multitud de inteligencias.

La insuficiencia de mis facultades intelectuales y los escasos conocimientos literarios que poseo, no son capaces de desenvolver en toda su extension y brillantez mi atrevido pensamiento; pues para tratar de la Mujer, delicadísimo asunto por cierto y del cual me propongo hablar esta noche, seria necesario poseer la inspiracion de Safo, la elocuencia de Ciceron y la filosofia de Sócrates. Así, pues, y aunque siento vivamente molestar vuestra atencion, no extrañeis que de mi pobre inteligencia, en vez de brotar preciosas flores, broten infinidad de espinas que, diseminadas por el eco de mi voz, lleguen á vuestros oidos produciéndoos un continuo malestar; por lo tanto, sólo me concretaré á hacer brevísimas reflexiones sobre el influjo moral de la mujer en la marcha de la civilizacion, su falta de instruccion y las fatales consecuencias que reporta el fanatismo, causa principal del desequilibrio social, y mengua del siglo XIX, en donde, la libertad y su cultura, no pueden hermanar con las ráncias costumbres de otros tiempos ni con las cadenas de la supersticion.

De todo cuanto grande encierra el saber humano, se desprende cual misterioso aroma, la idea; motor de ésta es el pensamiento, máquina veloz que nunca cesa y que, ora escuchando la tierra, ora atreviéndose á registrar el infinito, se mueve en todas direcciones y agita todas las ideas, desde la mas imperfecta hasta la más grande, ya sea dándolas vida y desarrollo, ya sea sepultándolas en el abismo de la conciencia.

Sabido es que el pensamiento, gira de continuo en todas las inteligencias, con la sólo diferencia que, segun los años ó la educacion que se recibe, es más grande ó más pequeño el pensamiento, más lata ó mas concisa la idea; pues no puede pensar lo mismo el adulto que el hombre, ni el ignorante que el sábio; y en iguales circunstancias se encuentra la mujer, por mas que los enemigos del adelanto moderno se obstinen en decir, que la mu-

er no puede llegar nunca á la inteligencia del hombre: ¡absurdo de los absurdos! Pues sabemos positivamente que, en todas épocas y edades, han existido mujeres de gran talento que se han puesto á la altura de los sábios de sus tiempos, y hasta han dirigido hábilmente las leyes del Estado. Esto prueba que, la mujer, tiene tanta predisposicion al saber como el hombre.

Comprendemos muy bien que su mision en general, no es para que se dedique á las ciencias, las artes ni las letras; primero, porque no todas tienen la suficiente penetracion para ello; y segundo porque el destino de la mujer es más para consolar y endulzar las amarguras de la vida, que no para andar entre los libros y papeles, manejar el pincel, analizar un líquido, ó inventar tal ó cual cosa; pero de esto á que la mujer no pueda desarrollar su inteligencia en todos los ramos del saber humano tanto como el hombre, hay una diferencia notable. Así, pues, léjos de considerar á la mujer, intelectualmente, inferior al hombre, la creemos á su misma altura; y si nos fijamos en su parte moral, generalmente le supera en alto grado; pues no hay mas que recorrer la estadística criminal de todos los paises, y veremos que la proporcion de los delincuentes es, por término medio, una mujer por cada siete hombres; siendo además, en todos los actos de su vida, más cariñosa y resignada.

La mujer, es una de las figuras mas importantes de la sociedad, y su moralidad, el móvil mas poderoso en la marcha de la civilizacion. La misma Historia nos demuestra que, á medida que la mujer se ha ido instruyendo y desarrollando su moralidad, ha ido acrecentando la cultura de los pueblos: pero en aquellos puntos en que á la mujer se la niegue la instruccion, siempre el dogal de la ignorancia sujetará á las inteligencias y el fanatismo imperará con toda su fuerza.

Si nos remontamos á los tiempos del célebre Nemrod que dominó los vastos territorios donde más tarde se levantaron las soberbias Babilonia, Nínive y otras ciudades importantes, veremos á la mujer, sin instruccion de ninguna clase, casi convertida en una idiota por sus brutales instintos y sólo sirviendo de vil entretenimiento al hombre.

En aquella época, no bastaba á los más poderosos poseer varias mujeres, sinó que encerraban en los harems gran número de hermosas jóvenes, custodiadas por hombres desnaturalizados que tenían la infame mision de entresacar de aquella especie de jardín humano las flores más preciosas, para satisfacer el criminal capricho de sus señores. Con esta bárbara conducta, se destruyó por entónces la más florida juventud del Asia, se le robó el amor su más pura esencia y se esclavizó á la mujer, á las más bajas pasiones.

Sin instruccion ni moralidad, la mujer, no conocia ni el sublime amor de madre; los hijos crecian ignorantes y viciosos, y, con ellos, se formaba una sociedad decrepita y cruel, donde abrogándose el hombre cuantos derechos le hicieron surgir su desmedida ambicion, no supo conceder á la mujer otro valor sinó los encantos de la belleza física: la hizo vana, superficial é ignorante, engalanó su cuerpo y empobreció su alma, atrofió su inteligencia con los vapores del vicio, y la destituyó del germen de moralidad que empezaba á brotar de su corazon cual misteriosa flor; flor de precursora felicidad, que le brindaba al hombre con su virginal belleza, con su aroma celestial, con la armonía de sus encantos, con la pureza de su sentimiento y con el inapreciable tesoro de virtudes que encierra la mujer, moralmente educada, sin el cual nuestro sexo, pierde su verdadero valor.

Más tarde el pueblo hebreo, en su mision político-religiosa, elevó á la mujer en su dignidad dándole el dulce título de esposa: el lazo de la familia, sostenia en este pueblo los vínculos más sagrados: Rebeca é Isaac, constituyeron el primer ideal del matrimonio; siendo esto causa de que la mujer diera el primer paso en la marcha de la civilizacion.

Varias fueron las mujeres célebres del pueblo hebreo, siendo ellas las primeras que descollaron en el mundo por su naciente cultura, dando paso á la morigeracion de las costumbres. Figuran entre ellas, Débora, sacerdotiza y administradora de justicia, y autora del notable cántico en que celebraba la muerte de Sísara por Jahel; primera obra emanada de la inteligencia de la mujer: Esther, por sus sentimientos generosos para con sus hermanos los israelitas; y Raquel, como tipo de amor conyugal.

Más siguiendo el curso de la Historia, detengámonos por un momento en las altas cordilleras del Tibet hasta el mar Amarillo, donde se halla el vasto imperio de la China. Este pueblo casi autómatas, puesto que se mueve á impulsos de sus gobernantes, es lo mismo hoy que ayer: tiene las mismas virtudes, los mismos vicios y la misma cultura, en corta diferencia, que los patriarcas de que nos habla el Antiguo Testamento. Todo el pueblo se somete con la confianza de un niño á la voluntad del Gefe del Estado, sin que jamás se les ocurra el pensar, si éste obra con más ó ménos cordura.

Las mujeres, siempre son esclavas, y las leyes se cuidan muy poco de mejorar su condicion. Los matrimonios, se estipulan por los padres sin la intervencion de los contrayentes, que no se conocen ni aún de vista. Al presentar la desposada al que vá á ser su marido, se concede á éste el derecho de aceptarla ó rechazarla, sin que á la mujer le quede otro recurso, que inclinar la cabeza ante la voluntad del hombre: ¡terrible esclavitud por cierto, que no es posible acepte la mujer instruida!

La mujer, debe ser la compañera del hombre y no su esclava; pues siendo su compañera, podrá amarle con la dulzura de un ángel, mientras que siendo su esclava, sólo se asemejará á una fiera domesticada, sin inteligencia, sin amor y sin sentimiento; porque, la

tiranía, en todos conceptos es mala y no puede admitirse ni aún para enseñarnos á practicar la virtud. Por esto la China es un pueblo niño, sin desarrollo intelectual ni progreso moral, con respecto á la mujer, puesto que ésta está subyugada por el hombre hasta el extremo de no dejarla salir á la calle, salvo algunas excepciones.

Pero dejemos á la infeliz China con su horrible esclavitud, para trasladarnos á las llanuras occidentales del Asia, donde al abrigo de las más altas montañas del globo y entre fértiles colinas acariciadas por las brisas del Océano, se extiende el gran imperio de la India. Busquemos á la mujer, y en ella veremos á la semidiosa del hombre; pues es tal el respeto que éste la tributa, que casi raya en adoración: en todos los estados y en todo tiempo, generalmente la mujer, ha sido y es respetada, porque las leyes de Manú la protegen en alto grado, tanto, que señalan como base de la prosperidad doméstica, el cumplimiento de las recíprocas obligaciones.

Nunca los indios han llamado á la esposa por su nombre sinó con el respetuoso título de «señora» ó con el cariñoso de «buena hermana;» pero á pesar de este culto que el hombre rinde á la mujer, la ignorancia y la superstición, manejadas hábilmente por el fanatismo, forman el corazón de sus habitantes; y la mujer, puede decirse que es una efigie adorada con más ó ménos fé por el hombre; con alguna penetración, pero sin ninguna instrucción; y si allí se respeta á la mujer, no es porque se comprenda su verdadero valor sinó por rutinismo; porque así lo aprendieron de sus mayores, y así lo enseñan hoy á sus hijos; sin embargo, si á ese respeto tan grande, hubiera más instrucción y ménos superstición, algo más valdría la mujer india y, á impulsos de su moralidad y su cultura, estremolaría en su imperio el estandarte de la civilización en vez de ondear, como hoy sucede, el negro pabellón del fanatismo.

Así fué como la India, bajo el peso de su ignorancia, propagó sus ritos y costumbres á los egipcios, fenicios, persas, caldeos, etc. La mujer allí, vino á ser un artículo de comercio, trocándose por el serrallo, el lazo del matrimonio.

Como era natural, estos pueblos caminaban á una muerte segura, porque desprovista la mujer de ese puro sentimiento que tanto la eleva, no podía inculcar en sus hijos nada moral que les desviase del vicio; y empujados por el oleaje de las pasiones, perdieron el amor á la familia, poniendo fin á sus días al diseminarse ésta cual hojas que esparce el viento.

El progreso de la edad antigua, voló ante el desorden y el error, sirviendo sólo de sudario al vasto sepulcro de ruinas que figuran hoy, como un recuerdo de lo que fué.

Pasaremos rápidamente por la Grecia, donde la poesía y el sentimiento engendraron la primera nación de Europa.

Los primeros cimientos de este imperio, los echaron millares de sacerdotizas que, protestando de las preocupaciones de su país que las condenaba á una vida estéril, vinieron á orillas del Termódonte á constituir la república de la belleza fundando la ciudad de las Amazonas.

A su feliz idea, se asociaron los más hermosos jóvenes de la Arcadia, Argólida, Etruria, Atica y otros países circunvecinos. Los pelargos, helenos y colios procedentes de países cultos, vinieron sucesivamente á ocupar la Grecia, siendo sus primeros tiempos la aurora de la civilización.

A impulsos de la mujer, floreció aquel pueblo virgen; pero más tarde, víctima de las bárbaras leyes de Licurgo hácia ella, sucumbió á la miseria y á la superstición; más la bella Atenas, célebre por sus batallas, recordando cual mágico ensueño á la mujer, germen de sus glorias y lira de sus cánticos, quiso engrandecerla por medio de la cultura, haciendo reaparecer, como por encanto, la virtud en el hogar doméstico, y dejando á las inteligencias de ambos sexos volar libremente por el vasto campo de la ciencia en pos de las ideas: entre las que brillaron por sus facultades intelectuales, citaremos á Lasterna y Aristeia, discípulas de Platon, de las que decía este gran sábio, que no empezaba á explicar sus lecciones en la cátedra, mientras no acudieran las referidas discípulas, porque ellas, eran el entendimiento que le había de entender y la memoria que conservara sus sentencias: Safo, que en sus brillantes concepciones produjo modelos de ardiente y apasionada poesía: Aspasia, que daba lecciones de elocuencia y filosofía, maestra de Sócrates y la que formó el corazón del gran Pericles: Arheta, hija de Arístipo, que explicó en las academias de Atenas, filosofía moral y natural, siendo discípulos suyos, afamados filósofos: Theodea, hermana de Pitágoras, de entendimiento tan claro y tan ilustrada en ciencias, que la opinión general decía, que no ella de Pitágoras sinó Pitágoras de ella, aprendió la filosofía: y últimamente Nicostrata, excelente oradora y gran poetisa que, según el juicio de algunos griegos, llegó á superar á Homero: ¡Gloria á Grecia, cuna de las ciencias y las artes, y donde la mujer se abrió paso á través de la ignorancia, para iluminar más tarde al mundo con los rayos de la ilustración!

Sin ocuparnos de Roma en su época de libertinaje, con su barbarie y su despotismo, sus bacanales y sus orgías, donde la degradación de las mujeres, salvo algunas excepciones, llegó á lo inverosímil, trasladémonos por un instante á la Edad Media, al estenderse por el orbe la sublime enseñanza de Cristo. Brilló en lontananza el astro purísimo de la cristiandad, se dulcificaron las leyes, se modificaron las costumbres, la mujer se moralizó

algun tanto, amó más á sus hijos, empezó á practicar el bien y, á consecuencia de esto, los pueblos empezaron á despojarse de su primitiva barbárie.

Al influjo moral de la mujer, se debe el respeto que los caballeros de aquella época la prodigaron: por entónces, se juraba á la esposa una fidelidad eterna, rindiéndosela el homenaje más respetuoso: en nombre de la mujer amada, el hombre amparaba y sostenía al débil poniéndose siempre de parte del oprimido y esponiendo su vida, si necesario era, en defensa de la virtud y la justicia. Más como el hombre, (y permítaseme la frase) era algo déspota y bastante libertino, puesto que para la mayoría del sexo fuerte la fidelidad conyugal y la constancia en el amor eran un peso terrible que les abrumaba y fastidiaba; sucedió que, aquella especie de adoracion que se rendía á la mujer á principios de la Edad Media, fué degenerando despues hasta tal punto, que la mujer se vió herida en lo más íntimo de su corazon; y en vez de la abrasadora llama de amor con que el hombre la envolviera ántes, se halló tiritando, la infeliz, ante el frio glacial de la indiferencia; toda vez que, sin desarrollo intelectual para dirigir con acierto la extraviada conducta del hombre, no pudo contenerle por medio de su moralidad; y so protesto de venganza, quiso imitarle precipitándose ambos en el insondable abismo del desórden.

Tras esto, sucedieron mil desequilibrios sociales, cuya causa principal, fueron la irreflexion del hombre y la ignorancia de la mujer: cuando ésta se ha degradado, los pueblos se han envilecido, porque les ha faltado el dique de la moralidad: cuando la mujer ha sido digna, los pueblos se han engrandecido, porque el influjo moral de la mujer, es el narcótico del vicio; y cuando el vicio duerme el sueño del olvido, la virtud reaparece cuál ángel profético, anunciando á los humanos dias de libertad y de gloria.

Indudablemente, señores, la mujer es la corriente eléctrica que pone en conmocion á todo el globo; y si recorremos la Historia, veremos á Juana de Arco, arrojando de sus posesiones á los ingleses y salvando á la Francia de una terrible derrota: á la valiente Bonna, defendiendo al lado de su esposo la isla de Negroponto contra el ataque de los turcos: á la célebre Telesila, salvando su pueblo natal atacado por Cleomenes Rey de Esparta, haciendo una salida al frente de multitud de mujeres armadas: á Maria de Lago, defendiendo el Alcázar de Madrid atacado por los comuneros: á Maria Pita, que en el sitio puesto por los ingleses á la Coruña en 1589, arrancando la espada de manos de un soldado, se arrojó á la brecha y rindió á los sitiadores causándoles una pérdida de quinientos muertos: y últimamente, á la heroica Isabel de Castilla, tan apta para la ciencia como virtuosa, que, presentándose de improviso en Búrgos con un puñado de valientes, hace retroceder en vergonzosa retirada al Ejército portugués; en Segovia, con su sola presencia, deshace el motin contra el Alcaide del Alcázar; en su permanencia en Sevilla, administra justicia y falla con admirable acierto infinidad de pléitos ruidosos; en Estremadura, destruye las nuevas tentativas de guerra de Alfonso de Portugal; más tarde, convoca las célebres Córtes de Toledo, y por su iniciativa, sientan éstas las bases del poder judicial en España, introducen reformas económicas de gran importancia, construyen caminos y puentes, y otorgan al pueblo derechos desconocidos.

Al principiarse las hostilidades contra los moros, impide Isabel que se abandone la fortaleza de Alhama; se establece en Córdoba el cuartel general, y ejerce allí de un modo admirable las dobles funciones que actualmente se confieren por separado á los Ministros de Hacienda y de la Guerra, proporcionando recursos para atender á los enormes gastos de ésta; hace venir de Francia, Alemania é Italia, á los mejores maquinistas, para que construyan fábricas de cañones, balas y pólvora, y en breve obtiene un tren de artillería como no habia otro igual en Europa; organiza un gran cuerpo de zapadores, y empiezan éstos á allanar montes, abrir caminos y echar puentes, para hacer practicable el escabroso reino granadino; resuelve que se acepte el rescate de Boabdil, hecho prisionero en Lucena, y le deja ir entre los suyos; viste la cota de malla, corre presurosa á Málaga, reanima á los decaidos sitiadores y penetra en la plaza, sujetando á los vencidos á la ley del vencedor, acude á Baeza, entusiasma á las tropas, y se rinde la plaza y todas las fortalezas del reino de Almería.

Toca su vez á Granada, y allí va tambien Isabel; recorre el campamento y electriza á los soldados, se incendia la tienda que ella ocupa y otras muchas del cuartel real, y, en tres meses, levanta la ciudad de Santa Fé frente de la córte sitiada; allí, le habla Colon de su idea en descubrir un nuevo mundo, y lo que á una multitud ignorante le pareció una locura, Isabel lo aprueba con gran entusiasmo; le protege, le ayuda y le reanima para que se lance en pos de su colosal empresa.

Entre tanto, se rinde Granada, último baluarte de los musulmanes en España, y el nombre de Isabel, es bendecido por todo el orbe cristiano como el ángel de redencion y como la aurora naciente de la civilizacion moderna: ¡Gloria á la mujer ilustre de la Edad Media que con su virtud y su valor supo conquistarse láuros que, aún hoy, se respetan y se admiran!

Si Isabel de Castilla no hubiera reanimado al inmortal Colon, quizá el noble marino habria desistido de su empresa; porque falto de recursos, sin apoyo de ninguna especie y ante la infernal gritería de todo un pueblo que le apellidaba loco, hubiera sucumbido víctima de la ignorancia de aquellos tiempos; pero la fuerza moral de una mujer le domina, y, empujado por ella, cual ligera nave entre halagadoras brisas, surca los mares, y el in-

trepido genovés, ve brillar en su abrasada mente un rayo de esperanza, cuyos reflejos, iluminando la noche de su razon y revoloteando á través de los hemisferios celestes, le hacen entrever el momento de suprema dicha que le estaba reservado: ¡Día memorable para España que la Historia debería consignar con letras de oro por hallarse coligado á él uno de los trofeos de la civilizacion, elaborado por la fuerza moral de una mujer!

En todas las épocas vemos mujeres que, rasgando el velo de las preocupaciones sociales, han dado vuelo á su inteligencia y, remontándose al éter de su inspiracion, han utilizado ésta en bien de su patria. En todos tiempos, la mujer, ha sido y es el iris de paz que nos anuncia la calma; el celaje misterioso que embellece el horizonte de la vida; el arca sagrada que guarda los dolores de la humanidad; la humilde violeta que con su delicado aroma, puede transformar su casa en un Eden; la fuente del sentimiento á cuya sombra descansa el afligido; vivido reflejo de amor convertido en fuego sacro, á cuyo calor vive el hombre, ora recibiendo el puro beso de la madre, ora dominado por la dulce y magnética mirada de la mujer amante, ora inspirándose en la tierna sonrisa de la anciana.

Bella, bellísima es la mision de la mujer en la Tierra; porque ella, debe ser la imágen de la virtud y la antorcha de la ilustracion que, á través de los siglos, ilumine á las generaciones futuras. Así vemos á la virtuosa Elena, madre de Constantino el grande, dando impulso al cristianismo de su época; á la bella Judit, librando á su pueblo del terrible Holofernes; á Maria de Anjou, contribuyendo con todas sus fuerzas á que su esposo no huyese cobardemente de Francia dejando el paso libre á sus enemigos; á la jóven veneciana Casandra Fidele, dando ejemplo de moralidad á las mujeres italianas de su tiempo, y á la que sus compatriotas tenian por el mas bello ideal de la república; y así sucesivamente, infinidad de inteligencias femeninas han contribuido en mas de una ocasion al adelanto y bienestar de los pueblos.

En el siglo XVI, denominado el de las bellas letras, figuraron por sus conocimientos literarios y amor á las artes, Tarquinia la Unica, Olimpia Morata, Gaspara Stampa, Verónica Gambará de Brescia, Victoria Colonna, Isabel de Este, Argentina Pallavicino, Blanca y Lucrecia Rangone, María de Cardona, Tulia de Aragon y algunas más. Desde entonces acá, la mujer ha progresado muy poco, y su desarrollo moral é intelectual, está muy por bajo de las aspiraciones de nuestros dias; pues si bien es verdad que en la época actual, de todas las naciones cultas figuran una pléyada de escritoras y artistas más ó ménos célebres, apesar de esto y de los heróicos esfuerzos que viene haciendo la mujer en el trascurso de los siglos en pró de la humanidad, aún se ven hoy á la generalidad de las mujeres, sumidas en el cáos de la ignorancia, sin ninguna ó muy poca instruccion, sin deseos de saber, y algunas, hasta casi reusando el que se las enseñe.

¿Por qué, pues, en medio de esos génius femeninos que cita la historia de ayer y de cuyas inteligencias brotaron luminosas ideas, que, volando de generacion en generacion, casi puede decirse son las lumbreras de nuestro siglo; por qué, pues, repetimos, en medio de las ciencias y las filosofías, la poesia y el sentimiento, vemos aun en la mujer de algunos pueblos sintetizada la ignorancia de los primitivos tiempos?

¿Cuál ha sido la causa del imperdonable olvido de su instruccion?

¡Ah! no necesitamos ir muy léjos para encontrar la respuesta: del indiferentismo del hombre, y del abuso de las religiones! El primero, la esclavizó y la negó todos sus derechos; el segundo, puso un límite á su inteligencia, desarrolló su sentimiento religioso con exuberancia, bastardeó el amor de la familia y, con las duras cadenas del fanatismo, embruteció á la mujer y, con ella, á la mayoría de los pueblos.

Mientras que el hombre se afana por dar un paso mas en la ciencia, cuando se considera á la educacion como la palanca mas poderosa y estable para las reformas sociales, la instruccion de la mujer se halla en el mayor abandono.

Todos los grandes filósofos señalan como el mejor medio de civilizacion, la educacion; y sin embargo, se olvida que esta empieza desde que se nace, y que la madre es la encargada de dar la primera enseñanza á sus hijos: se olvida que la madre es quien, procurando apartar del tierno corazon de los niños toda clase de vicios, puede presentarlos debidamente preparados al maestro para recibir la segunda educacion, y que ella, en fin, es quien puede robustecer ó hacer estéril los cuidados y afanes de un buen profesor.

Todo esto se olvida, y solo se enseña á la mujer mucho de superficial y muy poco de aquello que pudiera serle útil y provechoso.

Se lamenta el hombre, muchas veces, de lo frívola que es la mujer, sin considerar que se la tiene relegada al olvido de todo aquello que la puede elevar á su verdadero estado, y que solo se la mira como artículo de lujo, dispuesto á halagar la vanidad del hombre.

Si la mision de la mujer fuera tan solo la de brillar en el gran mundo, no diríamos una palabra sobre su educacion; más como quiera que está llamada á representar uno de los papeles mas importantes de la sociedad, creemos que necesita una vasta y sólida instruccion que esté mas en armonía con su destino, haciéndola comprender sus principales deberes.

Del desarrollo moral é intelectual de la mujer, dependen las reformas sociales. Cada mujer que se instruye, es un diamante que se pule; y los hijos de la mujer prudentemente educada, son joyas de inmenso valor que brillan en todos tiempos y edades.

Un célebre escritor inglés hablando de la instruccion, compara ésta á los pálidos rayos

de la Luna, diciendo que, así como éstos iluminan la Tierra sin que nos moleste su calor, así la instrucción alumbra á la inteligencia humana sin que jamás la moleste su vasta erudición.

Efectivamente, esto es una gran verdad; porque el saber mucho, no cansa á nadie sino que ilustra; mientras que la ignorancia, no solo fastidia con sus necedades, si que tambien es impropio del presente siglo, en el cual, el adulto piensa, el hombre inventa y el sábio extrae de lugares innotos las más ocultas ciencias; la mujer, acude á las universidades, frecuenta los ateneos y, poco á poco, va mostrando á la sociedad su inteligencia, sus bellos sentimientos y su dignidad. Más ante los albores de la civilización, se levanta cual furiosa tempestad el fanatismo, anatematizando á los pueblos, vociferando contra las reformas sociales y religiosas, luchando contra el progreso moderno, sustrayendo á la mujer de su adelanto, cortando el vuelo á su inteligencia, y repitiendo á su oído aquellas frases de Tertuliano, que tantos siglos se ha llevado por divisa, que dicen: «La ignorancia es buena por lo general, á fin de no aprender lo que puede ser inconveniente,» y luego añade: «Huye, huye de esas luces que deslumbran, de esas ciencias que asfixian, de esos libros que envenenan y de esa cultura que mata; retírate al claustro, renuncia á tus bienes para, con ellos, alzar suntuosos edificios donde multitud de jóvenes pedirán á Dios en voz muy alta, que cesen los inventos, porque son obra del diablo; que mueran las ideas que abrasan los cerebros, porque ellas metamorfosean á la humanidad; que no se dé tanta instrucción á la mujer, porque ésta, al saber mucho, se pervierte.»

Esto pide el fanatismo á los pueblos, y la mujer ignorante, fascinada por su voz, le sigue cual tímida paloma, se oculta en su sombra é inspirándose en las tinieblas de la sinrazón, inculca á sus hijos la ignorancia, les imbuje en los múltiples absurdos que ella sabe, les prohíbe leer todo lo que pueda ilustrarles, y no les permite otro libro, que el catecismo ó la vida de algún santo más ó ménos verídica: éstos hijos, crecen llenos de rancias costumbres, de gravísimos errores, y con una educación que tiene algo de salvaje y algo de estúpida, la cual está en oposición á toda idea regeneradora; siendo por lo tanto el germen del embrutecimiento de los pueblos, la base principal de los cataclismos sociales y el enemigo terrible de la ilustración de la familia.

La mujer pensadora, la que comprende su verdadera misión en la Tierra, no puede por ningún concepto aceptar ese rutinarismo que, á mas de sujetarla á un reducido círculo de ideas, la esclaviza y la degrada sino que su pensamiento, revolviéndose en la órbita de su razón, empuja las ideas en pos de un más allá y, cual exuberante llama que crece, mengua y oscila, ó cual lumínico rayo traspasando las capas atmosféricas del globo, se lanzan en busca de un algo que enseña, de un algo que ilustre: entonces la mujer, rasgando el velo de la ignorancia y haciéndose solidaria de la instrucción, no merece el desprecio del hombre, porque, de esclava, pasa á ser su digna y fiel compañera, resultando de aquí una excelente esposa, una buena madre y una amiga cariñosa, siendo á la vez una gran institutriz de sus hijos, cuyos ópimos frutos recoge la sociedad más tarde.

Entre la mujer ignorante y fanática y la mujer instruida y pensadora, existe una diferencia notable: la primera, con su hipócrita sonrisa y su escasa inteligencia, es la vívora de la sociedad que sólo sirve para envenenar la existencia del hombre pensador é inducir á las incautas jóvenes á que se encierren entre sombríos paredones, á los cuales un escritor les dá el nombre de *cárceles de oro*; pero que á nosotros nos parecen *presidios del alma*, por la sencilla razón de que, en esos lugares, la mujer, no hace nada que sea útil á sus semejantes; mientras que su misión es mucho más digna educando á sus hijos, consolando al afligido, velando á la cabecera del enfermo, amparando al huérfano, dulcificando el carácter del esposo, siendo un modelo de virtud y sencillez en la sociedad, disipando las nubes del hogar, siendo la brújula de la familia, y sirviendo de motor á la moderna civilización; pero á la mujer fanática, no hay que decirle nada de esto, porque responde muy tranquilamente que, la mujer no debe saber otra cosa, que rezar y coser; y es mas, está en la creencia de que han de volver aquellos tiempos en que no habia vapores, ni telégrafos, ni caminos de hierro, ni máquinas de coser, ni esos millares de inventos creados por el hombre y gloria de nuestros días; sino que solamente veremos una inquisición en cada calle, para castigar á los herejes, que son todos los libre-pensadores de ambos sexos: ¡Vano empeño! En nuestros días, no cabe la inquisición, porque el eco de sus víctimas, atraído por el viento de los siglos, aún retumba en los espacios y repercute en nuestro oído; ni cabe el despotismo, porque la moralidad lo rechaza; ni la ignorancia, porque las inteligencias de hoy la repelen, pidiendo luz, ciencias, artes, poesía, amor, virtud é ilustración.

En cambio la mujer pensadora, no quiere sombras; sedienta de luz, aborrece la inercia y ama la actividad; es la hada misteriosa que, meciéndose en las auras del progreso, alienta al hombre en su camino, le ayuda en su empresa, enjuga su llanto, le acaricia y le consuela, y, alma de su alma y vida de su vida, unida siempre á él por medio de su instrucción y su moralidad, forma esa dulce cadena de flores que, embalsamando las existencias de los dos, constituyen un solo pensamiento, una sola voluntad y un mismo deseo.

No queremos á la mujer fanática ni escéptica; la queremos, con esa religión del alma que se apoya en la lógica, que se eslabona con el bien y se remonta á la moralidad más perfecta: deseamos que sea dulce, sencilla, digna, instruida, sufrida y afectuosa; que dé su

cariño y sentimiento al esposo; su amor, su inteligencia y su virtud á los hijos; y que la sociedad vea en ella, á la sacerdotiza del hogar, á la institutriz de la moral, á la profetiza de las ideas, y á la vestal que guarda el fuego sacro del amor en lo íntimo de su alma, para prodigarlo cual bienhechora calma entre la pobre humanidad: queremos que la mujer se emancipe de la ignorancia, porque esta, cual simoun del desierto, devasta los campos de la civilizacion: queremos que rompa las cadenas del fanatismo, porque dogalizan la inteligencia y fomentan el error: deseáramos que la instruccion fuese obligatoria á todas las clases de la sociedad y gratuita á los pobres, porque de este modo, nuestra querida España, se pondria á la altura que la corresponde, pudiendo la mujer aprender y enseñar; pues donde no hay educacion moral é intelectual, la ignorancia echa profundas raices, produciendo las sombras; de éstas nace el abuso, del abuso el error, del error el fanatismo, del fanatismo el despotismo, del despotismo la barbarie, de la barbarie la esclavitud, y de la esclavitud la inanicion de los pueblos.

Si queremos que éstos vivan y progresen, que despierten y se agiten; si queremos verlos en continúa evolucion desenvolviendo el progreso gigante y escudriñando la tierra, desde la fisiología hasta la psicología; desde la composicion orgánica de nuestros cuerpos hasta las múltiples capas atmosféricas que forman los espacios inconmensurables del infinito; desde la descomposicion de la luz en sus colores fundamentales hasta la descomposicion del pensamiento en sus ideas; desde la física hasta la metafísica; desde la estética hasta la historia; desde la química orgánica hasta la geología; si queremos ver, esa série de conocimientos humanos, brillar en todo su esplendor; si queremos que ese conjunto armónico nos electrice con sus notas, que la poesía embellezca las ideas y el sentimiento las dulcifique; y si queremos, en fin, que la libertad sustituya á la opresion, la verdad al abuso y la cultura á la ignorancia, edúquese á la mujer moral e intelectualmente y, cuando su corazon se halle formado por la virtud y las letras, los pueblos estarán en su juventud lozana; porque al calor de la instruccion, crece la inteligencia, se dilata el pensamiento, vuelan las ideas, tras éstas lo ideal, y tras lo ideal, corre el orbe entero sin que nadie le detenga; y el sábio con su ciencia, el filósofo con sus máximas, el pintor con su paleta, el músico con sus notas, el poeta con sus cánticos, el anciano con su estudio práctico y la mujer con su amor y su virtud, todos, absolutísimamente todos, contribuyen al engrandecimiento general de las cosas; las cuales se comentan, se achican, se agrandan, se reforman, se miran, se contemplan, se aplazan, se estudian y se analizan en el gran laboratorio humano, para difundirse más tarde en vividos rayos de luz ó en poéticos concepciones, formando así la gran apoteosis de la civilizacion.

Al través de esa revolucion ó metamorfosis social, entre las brumas de la ciencia y el oleage de las pasiones, las ideas palpitantes del progreso avanzan, se extienden y chocan entre sí cual dos polos opuestos, para correr luego con mas fuerza y vigor hácia lo grande é inconcebible por el hombre.

Más, ¿qué hace la mujer entre tanto?

Si es ignorante, ocultarse entre las sombras del fanatismo, cerrar los ojos para no ver la rápida carrera de nuestro siglo, arrastrarse por el polvo, y entrometer la zizaña en las familias para cortar el vuelo de la educacion de las jóvenes: si es pensadora y tiene alguna instruccion, escudriñar los libros, reflexionar, ilustrarse é ilustrar á sus compañeras, dejar volar su pensamiento por el campo de las ideas, y recopilar éstas despues, en un periódico ó un libro, para que sirvan de itinerario ó reforma á todas aquellas que no se avengan con rutinarias costumbres ni con falsas preocupaciones.

En nuestro pobre concepto, la mujer, debe aspirar siempre á instruirse, tanto cuanto sus facultades intelectuales se lo permitan, y, de este modo, le será más fácil el comprender su verdadera mision; pues no es posible que la madre eduque bien á sus hijos, si antes no sabe apreciar todo el valor que encierra una buena educacion.

Sin el desarrollo moral é intelectual, la mujer, no podrá poseer jamás esas cualidades dignas que tanto la engrandecen y subliman, haciéndose respetar de la sociedad y del hombre hasta en los casos más extremos.

Cada Edad, ha tenido su descubrimiento, su invento ó su cultura: á la época actual, la corresponde engrandecer á la mujer dejándola que despierte, que se agite y se remonte en alas de su aspiracion, abriéndola las universidades y ateneos, y despojándola de ese fanatismo religioso que tanto la embrutece; sustituyendo el libro de misa y el breviario, con libros que la ilustren y la enseñen á ser buena esposa, tierna madre y dulce amiga, haciéndola comprender que no pierda el tiempo inútilmente en ayunos ni formalismos que á nada conducen; que en vez de irse á peregrinear por ciertos lugares, que recorra las casas de los pobres y les auxilie en lo que pueda; que en vez de pasarse todo el dia en el rincon de un templo contemplando los altares, lo pase en ordenar debidamente su casa; que el dinero que muchas veces emplea en velas, novenarios y otros ofrecimientos, que lo invierta en libros para instruir á sus hijos, que siempre le dará más buen resultado; y finalmente, que deseche de su imaginacion toda idea mezquina que la pueda inducir al error ó la retenga en la ignorancia, y acepte siempre lo grande y lo sublime, que, las grandes ideas, son síntesis de adelanto, y, la mujer particularmente, en todos todos tiempos debe ir á la cabeza de la civilizacion; pues para educar al hombre, es necesario educar primero á la mujer.

Nuestro siglo, es de ilustracion y no de ignorancia, de libertad y no de cadenas: ciencia y libertad, elevan á los pueblos; ignorancia y despotismo, los sepultan en la tumba de la inercia y del olvido.

En nuestros dias, no es posible que el sexo débil vierta el llanto de la opresion y que el hombre, de ese llanto, forme un lago de placer. La humanidad de hoy, podrá ser mitad escéptica mitad fanática, pero no bárbara; y donde no hay barbarie, no hay déspotas; y no existiendo éstos, no cabe la tiranía.

Hoy el pueblo mira con error la pena de muerte; y seguramente no podria ver con calma, el que se inmolará una víctima en las rojizas llamas de una hoguera, dispuesta por séres sin corazon, no; no podemos admitir esto bajo ningun concepto, porque seria retroceder á los tiempos de Neron y Calígula, cuyos mónstruos, embreaban los cuerpos humanos haciéndolos servir de antorchas para alumbrar sus festines.

El fanatismo y la ignorancia, son tambien una especie de salvajismo moral que, embreando las conciencias, las hace servir de antorchas para alumbrar los absurdos. Aceptar los errores cuando el progreso nos presta su sombra y la ilustracion nos abre sus brazos, seria lo mismo que suicidarse á las puertas de la felicidad.

No se moraliza á un pueblo por medio de luchas y exterminios ni se le dá vida con fanáticas preocupaciones, no; se le moraliza, enseñándole á amar á sus semejantes sin distincion de razas ni colores y amparando y socorriendo al desvalido sin interés de ninguna especie; y se le dá vida y desarrollo, protegiendo las ciencias y las artes, proporcionándole trabajo, é instruyendo vastamente á los niños de ambos sexos.

Amamos el progreso y la instruccion como joyas de inmenso valor, porque son la base de toda cultura: aconsejamos á la mujer que aspire á saber cuanto le sea posible, porque, una mujer virtuosa é instruida, es una preciosa flor cuyo aroma extendiéndose á las familias, electriza el pensamiento, purifica las ideas, regenera á los pueblos y los conduce al templo de la razon y, envueltos en las auras de su inspiracion divina, los remonta y los eleva allí donde, las ciencias y las artes, la virtud, el amor y la poesia, uniéndose en estrecho lazo á la Naturaleza entera, entre cánticos y sonrisas, suspiros y armonías, brisas suaves, soles de fuego, planetas que giran y eflúvios que extasian, nos muestran el progreso en todo su esplendor cual mágico ensueño de hoy, y como una realidad para el porvenir.—HE DICHO.

PENSAMIENTOS.

La libertad todo lo agranda y fecunda.—*Pi y Margall.*

La civilizacion es una especie de Océano, que comprende en su seno todo lo mas grande de las naciones.—*Guizot.*

Mientras los pueblos sean ignorantes, no pueden ser ricos, virtuosos, libres ni felices.—*F. Garrido.*

La imprenta como institucion, es la lengua del mundo; la luz que ilumina las conciencias; escuela donde se coconoce el pueblo; la gran palanca de la civilizacion moderna.—*Fernando Conradi.*

El hombre no vive de pan, sino de verdad.—*El Evangelio.*

El crimen se rescata con el remordimiento, y no con el hachazo ó un nudo corrido: la sangre se lava con lágrimas y no con sangre.—*Víctor Hugo.*

La humanidad tiene por divisa el progreso, y la divisa del progreso es la verdad.—*Pigli.*

Quien dice instruccion, dice por consecuencia: civilizacion, luces, humanidad, moralidad, libertad, justicia, bienestar y prosperidad.—*Víctor Hugo.*

El fanatismo es hijo de la ignorancia.—*F. del Castillo y Mayore.*

La ignorancia pone en peligro la libertad.—*Emilio de Girardin.*

Por la verdad sereis libres.—*Jesucristo.*

El perjuicio es un deber, cuando el juramento fué un crimen.—*Ciceron.*